

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXI

Octubre de 1944

Núm. 232

Puntos de vista

En torno al monumento a Rodó

CON motivo de la inauguración del monumento a Rodó erigido en el Parque Gran Bretaña de nuestra capital, se ha rememorado la vida y la obra del ilustre pensador uruguayo. Pero, aparte de esta rememoración justa se han lanzado muchas invectivas contra el autor de la obra escultórica, Totila Albert. Los discursos oficiales en el día de la inauguración destacaron la personalidad de Rodó a través de su obra llena de fervor y de fe en el espíritu de América. Toda ella, en verdad, está destinada a realzar la vida del espíritu, a situarla en el plano superior de la parábola del hombre en contra de la insistente llamada de la materia. Desde «Ariel» hasta sus últimas páginas hay en Rodó esta palpitación suprema que se rehace minuto a minuto en la forma preclara del estilista insuperable de América y en la profundidad del pensamiento animador.

Rodó sabía que sólo por una consagración decidida al ideal, por una entrega sin claudicaciones, a la vida espiritual, era posible en América, apartar el dominio absorbente de Calibán. Hemos visto que Rodó no se equivocó, aunque los frutos no hayan sido los que él esperara de las generaciones de este continente. No parece tener ya vigencia el alerta que Rodó lanzó contra la República del Norte. En cambio la vigencia permanente de este alerta vibra de un modo constante en esas páginas del «Ariel», en lo que se relaciona con la vida del espíritu. Por eso la revisión de este ensayo

destinado a la juventud y que en 1900 pudo tener un carácter circunstancial, tiene ahora un carácter permanente, un acento mucho más angustioso, puesto que se endereza a salvar a la juventud de la atracción de la baja materialidad. Este aspecto es lo eterno en la admonición escrita a comienzos del siglo y que mereció tantos y tan renovados elogios en América y en España.

La obra posterior de Rodó, especialmente en sus motivos de Proteo, en sus parábolas y en sus ensayos sobre cosas y hombres de América, está toda ella impregnada de ese «arielismo» que se ha pretendido rebajar, en un afán inconsecuente de destrucción. El arielismo no es más que consagración al ideal; no es otra cosa que exaltación del espíritu, Y entendemos que esto no ha perdido su oportunidad, no ha pasado de moda. Si estos países sufren trastornos, y están en crisis permanente, y sufren el mal de un materialismo a las veces grosero, ello sólo se debe al olvido en que se ha dejado a la vida espiritual, a la noble cosecha de la vida interior. Y no en el sentido de que toda manifestación de vida en la juventud, haya de ser entrega total a la reflexión o al «otiun divino» de los romanos, sino en el sentido que le asignó justamente Rodó, al decir que parte de la vida del hombre debe ser como el símbolo del esclavo Cleanto, citado en el libro de Ariel, una mezcla de esfuerzo material para activar el progreso y fervor por la vida del espíritu para dar consistencia y elevación a ese mismo progreso. Cleanto, en las treguas del quehacer miserable, según frase del propio Rodó, grababa sobre las piedras del camino, por las noches, las máximas oídas de labios del filósofo Zenón. Es decir, aquel hombre sometido por la dureza de la vida material, obligado a ganarse el sustento y a ocupar su tiempo en trabajos ásperos, se libertaba a sí mismo, encendiendo en su espíritu la lumbre de los altos pensamientos. Esta enseñanza no puede perder su vigencia. Sin embargo, algunos escritores de América, escritores nuevos, sometidos a la presión de doctrinas materialistas, han querido rebajar el empeño de Rodó, discriminándolo desde un ángulo oportu-

nista, enteramente desconectado de la verdadera realidad y del verdadero valor moral del pensador uruguayo.

En torno al monumento que se ha erigido, la ignorancia ha fabricado series enteras de palabras materialistas. Sin entender la nobleza del símbolo—toda la obra y toda la vida de Rodó no fueron otra cosa que una lucha ceñida, dolorosa a veces, de Ariel contra Calibán—se ha pretendido empequeñecerlo, signándole un sentido que no tiene de inmoralidad. Pero no vale la pena detenerse en esto.

Lo importante es la fidelidad con que en ese monumento, el artista condensó, en sus líneas nobles y atormentadas a un tiempo, el símbolo de la existencia de Rodó y el símbolo mismo de nuestra vida. Si algo importa en América, si algo debe preocupar sin sosiego a la juventud americana, si por algo la vida merece ser vivida, es precisamente por esta dignificación del espíritu y no de la materia que arrastra, envilece y como Calibán sólo se solaza en los bajos pensamientos, en la grosería sensual y en el egoísmo torpe y ciego.